

NUEVO MANUAL DE LECTURAS EN ESPAÑOL

新编西班牙语阅读课本

第四册



外语教学与研究出版社

NUEVO MANUAL DE LECTURAS

EN ESPAÑOL

新编西班牙语阅读课本

第四册

李多 编

外语教学与研究出版社

(京)新登字 155 号

图书在版编目(CIP)数据

新编西班牙语阅读课本 第四册/李多编. —北京:外语教学与研究出版社, 2000

ISBN 7-5600-1853-X

I. 新… II. 李… III. 西班牙语-阅读教学-高等学校-教材
IV. H349.4

中国版本图书馆 CIP 数据核字(2000)第 20464 号

版权所有 翻印必究

新编西班牙语阅读课本

第四册

李 多 编

* * *

责任编辑:黄菊琴

出版发行:外语教学与研究出版社

社 址:北京市西三环北路 19 号 (100089)

网 址: <http://www.fltrp.com.cn>

印 刷:北京大学印刷厂

开 本: 850×1168 1/32

印 张: 18.25

字 数: 329 千字

版 次: 2000 年 11 月第 1 版 2000 年 11 月第 1 次印刷

印 数: 1—3000 册

书 号: ISBN 7-5600-1853-X/G·783

定 价: 21.90 元

* * *

如有印刷、装订质量问题出版社负责调换

前 言

《新编西班牙语阅读课本》共分四册，可供高等院校西班牙语专业本科一、二、三年级阅读课使用。

本套教材在总结《西班牙语阅读课本》（岑楚兰、陈瑄瑄、傅筱芳合编，1988年由外研社出版）选编经验，在听取部分师生意见的基础上，重新选编而成，基本上保留了原有教材的体例，但是课文全部更新。本书以提高阅读理解能力、扩充词汇量、拓宽知识面为其主要目的，力图贯彻科学性、知识性、实践性、趣味性等教学原则，力求课文的题材和体裁的多样化。主要内容包括浅易故事、简单对话、文学名著改编、戏剧、小说、名人传记、西班牙语国家概况、经贸短文、当代社会问题等，以适应当今时代的需求。每篇文章均配有词汇表，便于学生阅读和理解。

本书一、二册由岑楚兰、蔡绍龙选编，三、四册均为李多选编，整套教材由北京外国语大学西班牙语系系主任刘永信教授审阅。

我们诚恳地希望读者对本书提出宝贵意见。

编者

INDICE

PERSONAJE	1
Borges, sus días y su tiempo	2
Julio Cortázar, sus experiencias	69
 TIEMPOS MODERNOS	93
Federico Sánchez se despide de ustedes	94
 LITERATURA (1)	133
El caballero carmelo	134
El vuelo de los cóndores	148
Hebaristo, el sauce que murió de amor	161
 LITERATURA (2)	171
La llama doble —amor y erotismo	172
La memoria rota	204
 CRITICA SOCIAL	265
La ciudad que me habita	266
 LITERATURA (3)	295
El prisionero	296
La tumba viva	307
El trueno entre las hojas	325
La desesperanza	366

CIENCIA	539
En el espacio	540
El traje espacial	568

PERSONAJE

BORGES, SUS DIAS Y SU TIEMPO

Prólogo

El reportaje es uno de los géneros más reprochables y populares de que adolecen nuestras letras. Finge ser una conversación, pero se identifica peligrosamente con el interrogatorio fiscal, con el catecismo y con los exámenes de ciertos profesores inhábiles que, en vez de dejar hablar al alumno, lo interrumpen descortésmente con nimiedades bibliográficas y exigencias de fechas. La rutina de preguntas y respuestas obliga a su víctima a simular que es Heine o Wilde o Bernard Shaw, empresa que suele acometer con escasa fortuna. El interrogador descarga preguntas que sugieren y casi imponen respuestas determinadas. Le duele, además, ser el que interroga y no el que dictamina e intercala sus propias aversiones y preferencias generalmente superfluas.

Muy otra cosa es, lo confiamos, este libro cuya materia es un diálogo cómodo entre dos amigos que, desde una fecha ya algo remota, se conocen y se quieren. Un diálogo, creo, no tiene obligación alguna de ser un modo verbal de la esgrima, juego de asombros, de fintas y de vanidades; es la investigación conjunta de un hecho o la recuperación de compartidas memorias y no importa saber si las palabras salen de un rostro o de otro. Su elaboración ha sido un placer para mí —un placer y no pocas veces una sorpresa—, porque no sabemos todo lo que sabemos o todas las opiniones que profesamos. Espero que el lector comparta esa tranquila felicidad de asentir y de disentir, que ha poblado tantas mañanas.

He mencionado a los interlocutores visibles; otros hay invisibles que, sin duda, enriquecerán con su ingenio este grato volumen: Eduardo Gudiño Kieffer y mis queridos amigos, ya ausentes, Francisco Luis Bernárdez, Raimundo Lida y Manuel Mujica Lainez.

La tácita presencia de mi madre, casi centenaria, preside la casa en que hemos conversado y que María Esther tan cariñosamente describe y cuya imagen acaso perdurará en la mente del lector como ahora ante nosotros.

La memoria abunda en sorpresas como en las viejas fotografías y en los espejos. No sé si estoy de acuerdo con todo aquello que registran puntualmente estas páginas; reconocerse es una de las artes que no acabamos nunca de aprender. Para mí este libro tiene, por lo menos, una irrefutable virtud: la de haberme reconciliado con Borges.

A María Esther Vázquez le ha tocado la ardua tarea de transformar en libro lo que originalmente fue ocioso y activo tiempo y no sé muy bien cómo agradecerse. Procusto no dirigirá sus palabras, cuya meta esencial será la verdad.

Jorge Luis Borges

Después del prólogo

El tiempo ocioso y activo a la vez al que Borges se refiere, transformado en letra de molde en este libro, corresponde en parte a una aventura que iniciamos veintitantos años atrás, cuando nos llevaron a Radio Municipal, Virgilio Tedín y Ricardo Costantino, sus directores. Borges y yo nos reuníamos en un sótano del Teatro Colón,

donde funcionaba entonces la radio. Este sótano se inundaba cada vez que llovía, casi me atrevería a decir cada vez que lloviznaba, y largos tablones, apoyados en escalones y cajones, cruzaban, a manera de puentes, vastos espacios abiertos y unían las diferentes dependencias de la radio. Borges caminaba sobre esos tablones y me acuerdo que, cada tanto, hundía el bastón a un lado y otro del endeble puentecito, tratando de tantear el fondo del efímero lago artificial.

Los temas de nuestras charlas ante el micrófono eran infinitos. Yo se los proponía, él los aceptaba e iniciábamos largos reportajes donde yo preguntaba y él respondía. He olvidado con qué frecuencia se radiaban estos programas, sólo recuerdo que grabábamos una vez por mes. Eso duró algunos años y luego, con el advenimiento del segundo peronismo, cambiaron las autoridades y el ciclo se terminó. Yo tuve la intuición de que esas cintas, que guardaban el pensamiento y la voz de Borges, iban a ser borradas. Compré entonces unas cuantas casetes y regrabé algunas; mi intuición se vio confirmada casi enseguida.

Esas casetes durmieron años en un armario, un día las oí, las desgrabé e hice un collage con las mejores, que ahora están en este libro.

También hubo después largas mañanas, en la casa de la calle Maipú, en que hemos conversado por el solo gusto de conversar y algunas de esas charlas están en estas páginas, “rescatando aquel tiempo ocioso y activo”.

Se reunieron además aquí una serie de “encuentros” que Borges mantuvo respectivamente con Eduardo Gudiño Kieffer, Francisco Luis Bernárdez, Raimundo Lida y Manuel Mujica Lainez.

Intercaladas entre las “Conversaciones” hay frases y anécdotas breves que corresponden a Borges y, en el caso de “Encuentros”, a

sus interlocutores.

A lo largo de estas “conversaciones” y “encuentros” se hallará un vasto mosaico de opiniones acerca de la literatura universal, la política, la religión, juicios sobre doctrinas, movimientos, autores, amigos y recuerdos personales que abarcan casi toda la vida de Borges. Evidentemente tal acumulación de reportajes puede llegar a ser tediosa y abundar en detalles superfluos. Pero, como la vida de Borges es la literatura y todas las conversaciones recaen sobre el tema, pienso que este exceso completa la intención del libro y que por eso, quizá, ayudará a los estudiosos de Borges a una mejor comprensión de su obra. He alterado la disposición cronológica, buscando un ordenamiento racional.

La intención de este libro es ofrecer un homenaje a Borges, al Borges íntimo que conocemos sus amigos. Al hombre que revisa, sin verlos, los libros que guarda en su casa, al hombre que viaja por el mundo intuyendo paisajes y ciudades, que recibe premios y honores pensando si realmente los merece y si la gente no se equivoca al dárselos. Al Borges que adora el dulce de leche y que en la soledad de sus tardes en penumbra repite, a media voz, los versos de los poetas más dispares: Alighieri, Marlowe, Quevedo, Whitman, Dante Gabriel Rossetti, Heine, sin distinción de épocas, movimientos o lenguas. Su memoria hasta alberga a algún poeta oscuro de San Fernando que ganó los juegos florales en la década del cincuenta.

Hablando de Edgar Allan Poe, Borges dijo alguna vez: “A la obra escrita de un hombre debemos muchas veces agregar otra quizá más importante: la imagen que de ese hombre se proyecta en la memoria de las generaciones”. Esta reflexión es aplicable al propio Borges. Con él ocurre un fenómeno extraño: sin proponérselo, sin tener nada de fácil ni su prosa ni su poesía, siendo sus libros compra-

dos por muchos, leídos por pocos y comprendidos por menos, ha logrado, dentro y fuera del país y de su lengua, un éxito tan grande que trasciende los estrictos límites de la literatura para alcanzar al hombre y transformarlo en mito. Su edad, su soledad, su ceguera irremediable, su figura enhiesta y rígida, que recuerda la arquetípica y digna posición de un prócer, sus intransigentes opiniones, difundidas una y otra vez en los diarios y revistas configuran una serie de circunstancias que alimentan ese mito.

Pero este hombre de pelo blanco, que a los ochenta y cinco años todavía ríe a carcajadas con alegría, que tiene la vitalidad de un joven, es un ser de carne y hueso. Por eso en la primera parte del libro, "Aproximación al personaje", trato de mostrarlo cómo es, cómo vive, cómo trabaja, cómo era su madre, cómo es su carácter, cómo lo veía yo hace diez años y cómo lo veo hoy.

El volumen se cierra con una cronología y una bibliografía.

No debe esperarse de este libro un juicio crítico sobre la obra de Borges. Su sola intención es la de un acercamiento a un hombre que, desde su propio universo, se ha asomado al mundo, soñándolo y soñándose, en la busca de un único y, a la vez, infinito poema, que le ha llevado la vida.

Aproximación al personaje

I

BORGES A LOS SETENTA Y CINCO AÑOS

(1974)

Un hombre de pelo gris va por la calle. Lento el paso y la cabeza

erguida. La mirada fija mira sin ver. Cruza Maipú, camino de su casa; con bastón inseguro tantea el suelo. Alguien, un desconocido, lo ha ayudado a atravesar la calle y lo acompaña hasta llegar a su puerta; la mano izquierda busca la cerradura, la derecha pone la llave con movimiento pausado. La puerta se abre. El se despide. El brillo de una sonrisa agradecida abre su rostro serio y luego desaparece despacio en la penumbra. Es Borges; la gente lo reconoce, lo detiene, lo saluda, aun aquella que nunca ha leído una línea suya. El agradece y, si está de buen humor o tiene tiempo, pregunta a su interlocutor en qué barrio de Buenos Aires vive y alguna copla o anécdota de ese lugar, vinculada con su infancia o su tradición familiar, enriquece la conversación. Más que conversación, monólogo, porque el accidental compañero, entre sorprendido y emocionado, sólo atina a agradecer. Borges conquista a la gente que no lo ha tratado nunca y aun a aquellos que se acercan mal predispuestos, generalmente por razones políticas. Pocos saben que él es, en el fondo, un nostálgico y teórico anarquista con demasiado sentido del humor.

Sube Borges a su casa, un departamento en un sexto piso, donde vive desde los años '30 con su madre, casi centenaria; Leonor Acevedo nació el 22 de mayo de 1876. Desde el balcón que rodea los cuartos se ven la mansarda y los techos de la señorial casa que perteneció a Reynaldo Vilar, un importante médico amigo de Nicolás Avellaneda, y levantada a principios de siglo. Más allá están los árboles de la Plaza San Martín. La casa es modesta, tiene tres cuartos. En el recibidor hay un sofá pequeño, donde esperan los bastones de Borges, y en la pared, un gran retrato al óleo de Leonor Acevedo de Borges, ya anciana, observa a los que llegan con ojos atentos y vivaces. Es extraño, la señora ya casi no se levanta de la cama y, sin

embargo, su presencia expectante está visible en cada objeto, en cada rincón. El living, donde Borges recibe a todo el mundo, es amplio. En un extremo está la mesa de comedor; en el otro, cerca de la ventana, hay un sofá y unos sillones. Los lujos del cuarto son algunas piezas de plata, colocadas sobre una alta y antigua mesa de trinchar. De entre ellos, un mate, una jofaina pequeña y una jarra fueron los enseres personales del bisabuelo de Borges, que hizo la campaña con San Martín y con Bolívar, y que, colgados del arzón de su caballo, recorrieron la mitad de América del Sur. Un viejo *dressoir de marqueterie* con la tapa de mármol, donde se apoyan dos frascos de cristal y la Madonnina de bronce y ónix que en 1967 le ofreció la ciudad de Milán; un pequeño escritorio-secreter, que le regalaron a la madre de Borges cuando tomó la primera comunión y cuatro bibliotecas completan los muebles del cuarto. Detrás del vidrio de una de ellas vive, fuera del tiempo, el bello rostro adolescente de Adolfo Bioy Casares. Un Piranesi y una Anunciación de grandes dimensiones, pintada por Norah Borges, enriquecen la luz de esta habitación donde se respira un clima de tranquila melancolía, acentuada por los retratos, algunos ya borrosos, que cuelgan de las paredes y por la pausada voz del poeta. Es como si allí, en ese sitio, todo se hubiera dicho y olvidado.

El pequeño dormitorio de Borges es casi una celda monacal; una estrecha cama de hierro, dos bibliotecas y una silla componen el mobiliario. Una biblioteca guarda los textos de las viejas literaturas escandinava y anglosajona; la colección más completa de toda América y que es mostrada con gusto a los visitantes selectos. Sobre la otra biblioteca, un retrato de Susana Bombal y una réplica pequeña en bronce del Collione y, colgados de la pared, *El caballero y la muerte* de Durero, y un plato de madera en que están pintados todos los es-

cudos de los distintos cantones de Suiza.

Viejos muebles rodean la cama en que, obligadamente, Leonor Acevedo espera *con gran curiosidad averiguar pronto cómo es el más allá*. Profusas fotografías se alinean sobre la cómoda gigantesca. A veces, hay flores en un vaso veneciano que ella compró, antes de la Primera Guerra Mundial, en Murano y que era una de las copas de agua sobrantes del juego del rey de Italia. (Curiosamente, a los pocos días de la muerte de la madre de Borges, el vaso se quebró en forma espontánea.) Una ramita seca de olivo asoma en la pila de un crucifijo al lado de un ícono. En este cuarto muy luminoso es donde la pequeña señora Leonor afirma, no sin razón, que ella es casi la historia de país. Ha conocido a todas las figuras descollantes de cualquier orden en los últimos cien años y su prodigiosa lucidez los recuerda con precisión. Una tarde, recordando su niñez, me contaba lo peligroso que era el puente que había entre las dos aceras de Florida a la altura de la calle Córdoba, porque, cuando llovía, el arroyito que corría habitualmente debajo —se llamaba el Tercero del Norte y correspondía a un Tercero del Sur, ubicado en la calle Chile— crecía demasiado. Recuerda poemas que le han gustado y lee todavía con gusto a los nuevos poetas. Siempre al alcance de su mano han estado el puñado de cartas que su marido le escribió durante el noviazgo de un año que mantuvieron en la remota juventud.

* * *

Leonor Acevedo de Borges murió el 8 de julio de 1975. Sus hijos, sus nietos y unos pocos amigos la velaron. Borges reanudó enseguida sus actividades habituales. Casi febrilmente quiso llenar su tiempo para no sentir demasiado la ausencia. Pero no hay tal

ausencia. El gran retrato al óleo, desde la entrada, preside la casa. Sus ojos escrutan al visitante. Su cuarto está intacto. La colcha de alegres dibujos azules y amarillos cubre la inmensa cama y las almohadas. En los jarrones hay flores. Por las mañanas, Borges entra en la soleada habitación vacía y saluda, sin voz, a la invisible presencia. El aire de la mañana mueve las cortinas y las hojas de las plantas del balcón. No es un lugar tétrico ni triste; siempre hay luz, como antes.

Mucho se ha hablado de la influencia que tuvo la madre de Borges sobre el escritor. Su carácter fuerte y, en cierta forma, autoritario, le creó fama de absorbente y se llegó a decir que dominaba a Borges. Esta afirmación es errónea. Borges siempre ha hecho y ha dicho lo que ha querido, aun las veces que estaba en abierta oposición con su madre. Timidez no quiere decir debilidad y Borges no es un hombre débil. Su madre desaprobó siempre su amistad con Macedonio Fernández. No creía que este hombre que debía abandonar una pensión tras otra, dejando sus pertenencias en ella porque no podía pagar el alquiler, fuera un buen ejemplo para el joven que era, en ese momento, Borges. Hoy, después de tantos años de la muerte de Macedonio, Borges sigue exaltando su memoria y la amistad que los unió. Con la misma firmeza mantiene sus opiniones sobre temas políticos e históricos. Son, generalmente, convicciones nacidas de un profundo sentimiento ético, ya que confiesa entender muy poco de política. Si su voz se elevó permanentemente contra el peronismo, por ejemplo, no fue porque deseara incursionar en este campo; eran la corrupción moral, la degradación y el avasallamiento de las conciencias lo que él fustigaba en Perón y en su movimiento.

Los libros y los amigos llenan las aparentemente apacibles horas de este frágil hombre indestructible que, sin embargo, no ha dejado

nunca de pensar en el destino de su país. En un poema que prologa una edición de *Canto a Buenos Aires*, de Manuel Mujica Lainez, escrito en 1979, dice: “Manuel Mujica Lainez, alguna vez/ tuvimos una Patria —¿recuerdas? —/ Y los dos la perdimos”.

A Gabriela Massuh, que en 1976 partió a Alemania, becada para realizar una tesis sobre el mismo Borges (que luego se convirtió en un admirable libro), la despidió con las palabras de Heine: “Ich hatte eins, ein schönes Vaterlands...” (Yo tuve una vez, una hermosa patria...)

Reducido cada vez más por las paredes que le impone su ceguera, este hombre solitario vive en un mundo cerrado, físicamente estrecho, mínimo y, sin embargo, tan infinitamente rico, que por sí solo constituye otro universo, cuyas verdaderas dimensiones nos está vedado conocer.

I

BORGES A LOS OCHENTA Y CINCO AÑOS

(1984)

Ya no sale solo, camina más lentamente y no le alcanza el apoyo del bastón; necesita ahora el brazo de alguien, hasta para ir de un cuarto a otro. Sin embargo, cada día que pasa el mundo se achica para él; sube y baja de aviones casi constantemente. Acompañado por María Kodama ha recorrido desde templos japoneses hasta las pirámides de Egipto. “Pero viajar en avión no es viajar, la sensación del viaje se tiene cuando uno sube a un globo, la barquilla se balancea y el aire roza, acaricia la cara, uno percibe el infinito alrededor y uno se mueve dentro de ese infinito”, ha dicho cuando presentó su libro *Atlas* que María Kodama ilustró con fotografías.